

Santiago Torregrosa Povo (Valencia, 1971), licenciado en Filología Anglogermánica por la Universidad de Valencia, es Director del Área de Traducción del estudio de subtitulación Subtitula'm S.L., fundado en 1997. Está formado y especializado en todas las áreas del subtitulado y la traducción audiovisual, a la que se dedica profesionalmente desde 1994. Es también Tutor de Prácticas formativas externas para alumnos de la Universitat Jaume I de Castellón y de la Universitat de València. Ha publicado *El viaje del sobre acolchado* en el libro colectivo *Reflexiones sobre la traducción audiovisual. Tres espectros, tres momentos*, Juan José Martínez Sierra (Coord.), Ed. Universitat de València, 2012.

Santiago Torregrosa Povo

Valencia, 1971

Segundo Accésit

EL AÑO SABÁTICO DE THORSTEN ENSZENSBERGER

Thorsten Enzensberger jamás ocultó su escepticismo ante la viabilidad de la unificación de las dos Alemanias. Cuando salió del país tres semanas antes, nada hacía presagiar en las conversaciones entre compañeros en sus rutinarios días de la Westfälische Wilhelms-Universität, donde realizaba un master en Dirección y Gestión de la Seguridad de la Información, que el curso de los acontecimientos derivaría en lo que hoy todos sabemos que tuvo lugar el nueve de noviembre de 1989. Así pues, cuando Thorsten dejó Münster para recorrer en bicicleta los 2100 kilómetros que lo separaban de Valencia, no sospechaba en absoluto que cuando volviera a casa todo habría cambiado para siempre. No obstante, no era esto algo que le preocupara demasiado. Por fin había ahorrado lo suficiente para comprarse una buena bicicleta y emprender su largamente anhelado año sabático en el extranjero. Escogió España sin pestañear. Ya había cumplido con el servicio militar y su empresa no le puso ninguna pega a la hora de concederle una excedencia a fin de que

perfeccionara sus nociones de español. No era para menos, pues en tan sólo dos meses Thorsten había diseñado un cortafuegos para el sistema de redes de la empresa tan eficiente que provocaba escalofríos de placer a sus jefes. Además, Thorsten se manejaba bastante bien en español gracias a la segunda mujer de su padre, una valenciana de Alboraya que había montado un restaurante español en Münster y había conquistado el corazón de su padre doblegando su estómago a base de paella y all i pebre. La madre de Thorsten había muerto cuando él sólo tenía diez años. Debido en gran medida a esta circunstancia, Thorsten siempre había sido un chaval con un elevadísimo sentido de la responsabilidad. Siendo hijo único, con un padre casi siempre ausente por motivos laborales, tuvo que aprender a solucionárselo todo él solito desde bien pequeño. Lo cierto es que, a sus veintinueve años, Thorsten ya no echaba mucho de menos a su madre, y rara vez se acordaba de ella. Sin embargo, había sabido sacarle partido a su madrastra, con la que se llevaba de maravilla, y en menos de tres años había aprendido a hablar español con una fluidez digna de elogio.

Fue así como, tras más de quince días pedaleando y con un bronceado envidiable de cuello para arriba, Thorsten llegó el nueve de noviembre de 1989 a Alboraya, cuna de la mejor horchata del mundo, para instalarse en casa del hermano de su madrastra. Manolo, que así se llamaba su nuevo tío, era camionero y por tanto se hallaba ausente la mayor parte del tiempo. De hecho, Thorsten sólo había visto a Manolo una vez, en la boda de su padre, y no era probable que fuera a cruzarse con él muchas veces, lo cual infundía en Thorsten una cristalina sensación de libertad. La única condición que le había impuesto su tío era que diera de comer a los catorce peces tropicales que tenía en un acuario y que bajo ningún concepto llevase nunca a nadie a su casa. Ningún problema para Thorsten el responsable, para Thorsten el cumplidor. Tras una primera noche reparadora, ignorante aún de las revueltas pacíficas que se estaban cocinando en su país natal, Thorsten bajó a la panadería para comprarse algo que desayunar tras una ducha bien fría, no porque añorase ya su gélida Renania del Norte-Westfalia, sino más bien porque no dio con el condenado modo de encender el calentador. Tras observar cuidadosamente lo que se le ofrecía en la panadería, preguntó educadamente: “¿Quién es el último-o-la-última, porr favorr?”. Un hombre de baja estatura repeinado con varios kilos de gomina, y que estaba fumándose un puro habano dentro de la panadería como la cosa más normal del mundo, se giró y le contestó lacónicamente: “Usted.” El

olor del puro le provocó una intensa angustia, pero como no había desayunado todavía, la cosa se quedó en unas simples arcadas que pasaron pronto. Dado que las conversaciones eran de lo más variopinto y tenía que concentrarse en alguna para no perder comba con el idioma, eligió la que mantenían dos ancianas que hablaban de sus múltiples achaques y de que la vida son cuatro días. Las dos mujeres enjutas acababan todas sus frases con una coletilla recurrente cuyo sentido se le escapaba a Thorsten, y que a él le sonaba algo así como “aiseñor-señor”. Tras comprarse unos cruasanes a los que llamó “cruasantes” y unas barritas finas de pan a las que la dependienta se refirió como “rosquilletas”, Thorsten se subió a su flamante bicicleta y se dirigió a Valencia para matricularse rápidamente en la Facultad de Filología como oyente. Tenía tantas ganas de aprender, tantas cosas nuevas por descubrir.

Una vez cumplidos los trámites burocráticos, que Thorsten juzgó sumamente complejos, irracionales y caprichosos en comparación con los alemanes, salió del edificio para descubrir que su bicicleta le había sido sustraída. Desde luego, tardó unos minutos en admitir que era eso lo que había pasado, tal era su incredulidad, y se pasó un buen rato de acá para allá, tratando en vano de encontrarla como si la culpa fuera sólo suya por haber olvidado dónde la había estacionado en realidad. Tras darse por vencido, buscar en su diccionario de bolsillo cómo se decía “comisaría” y recibir las indicaciones pertinentes de un amable estudiante con una bufanda palestina al cuello y barba de quince días, Thorsten se dirigió hasta allí para salir al cabo de media hora de rellenar impresos convencido de que jamás volvería a ver su magnífica bici. El policía que vigilaba en la puerta lo reclamó con un silbido cuando Thorsten ya había salido y le susurró así, extraoficialmente, sin dirigirle la mirada:

“Yo que tú la buscaría el domingo en el rastro. Eso sí, búscala por piezas.”

“Muchas gracias” –acertó a contestar Thorsten con un atisbo de esperanza. Al doblar la esquina, buscó “rastro” en su diccionario, y tras descartar los significados que no tenían ninguna relación con algo que sucediera los domingos, volvió a sumirse inmediatamente en la desesperación más absoluta.

Pero no era Thorsten un joven que se quebrase fácilmente, y por eso decidió que lo mejor era ponerse manos a la obra. Por ello regresó a la Facultad dispuesto a dar rienda suelta a sus descomunales ansias de aprendizaje. Sus primeros escauceos en la panadería, en la secretaría y en la comisaría le habían infundido cierta confianza ya que, si bien todavía no se atrevía a soltarse a hablar sin trabas, sí que entendía o creía entender la mayor parte de lo que oía. “Qué hermosa sencillez la del idioma castellano” –pensó, reconfortado ante la perspectiva de zambullirse en el magnífico esplendor y la riqueza de sus matices.

Tras un primer escauceo de cuarenta y tres minutos con la “Fonética y la Fonología en el Ámbito de la Lingüística”, y en un estado de manifiesta confusión, Thorsten salió sin llamar la atención para meterse en otra aula. El segundo intento demostró ser aún más desapacible, y tras dieciséis minutos de oír hablar sobre las dicotomías de la Semiología y sus derroteros actuales, Thorsten decidió que había llegado el momento de buscar refugio. Esperó algo aturdido en el pasillo a que comenzase la clase de Lengua Alemana I y entró con paso confiado, convencido de que al menos allí entendería algo.

Desde el inicio de la clase supo que su suerte había cambiado. Los alumnos no tenían ni una mínima noción del idioma, así que sus intervenciones como nativo para aclarar dudas y apoyar al profesor eran tan certeras como bien recibidas. Aún más, a su lado se sentó una chica morena muy guapa, más bien deslumbrante, que no dejó de darle conversación y de preguntarle por Münster. Él contestaba cuchicheando lleno de entusiasmo tratando de no evidenciar que su verdadera vocación habría sido babear ante semejante belleza. Le contó su viaje de dos semanas en bici, y cómo nada más llegar se la habían robado para despiezarla en un rastro, que se había duchado con agua fría, y que había desayunado rosquilletas que llevaban unas extrañas semillas de anís. Ella reía mucho con todo lo que le contaba, le dijo que se llamaba Miriam y que era de un pequeño pueblo de Cuenca, de nombre El Provencio. Su increíble buena fortuna no acabó ahí. Azuzados por la proximidad de Thorsten con la tía más buena de la clase y por la facilidad con la que había logrado un acceso generalmente restringido al común de los mortales, el reducido bando masculino de la clase le envió un emisario en son de paz que lo abordó al término de la clase. Era un tipo desenvuelto, de nombre

Tomás, que gastaba un desparpajo envidiable para Thorsten el remilgado, y que rápidamente lo invitó a unirse a él y a unos amigos esa misma noche.

“Ya sabrás que los universitarios salimos los jueves, ¿no? Mira, quedamos aquí fuera, a la entrada de la boca de metro, a las nueve. Podemos ir todos a tomar algo y te ponemos al día, para que sepas qué asignaturas te interesan y qué coñazos te puedes ahorrar, que para eso vienes sólo de oyente, ¿no? Y sobre todo no te olvides de traerte a Miriam, ¿eh?” –concluyó Tomás guiñándole un ojo.

Thorsten asintió a todo y se apartó un momento para entrar en el aseo. Frente al espejo, se lavó la cara, se atusó los bigotes y la rizada cabellera, se ajustó sus gafas fotocromáticas y salió sin pensárselo más para tratar de concertar su cita con Miriam. Sin embargo, esta ya se había marchado a alguna otra clase y, aunque Thorsten estuvo buscándola durante media hora por el laberinto de pasillos y muros de ladrillo que conformaban el misterioso espacio de la facultad, tuvo que asumir su derrota y regresar a la casilla de salida. Por desgracia, tampoco Tomás y sus amigos estaban ya por allí, así que no pudo avisarles de que la cita con Miriam se le había escurrido entre los dedos. En cualquier caso, pensó, ya se lo comunicaría a las veintiuna cero cero en la boca del metro. No había ningún problema.

A las veintitrés cero cero dejaron de pasar los trenes. Sólo entonces Thorsten cayó en la cuenta de que Tomás y sus amigos se habían olvidado de él y que ya no podría volver a casa de su tío en Alboraya. Pasado el desconcierto inicial llegó la resignación. Dado que no era una noche especialmente fría, aunque estaban en pleno noviembre, optó por sentarse en un banco próximo a la entrada del metro. Al poco, el sueño hizo acopio de todas las emociones experimentadas a lo largo del día y venció a Thorsten, que se recostó primero con cierta dignidad y finalmente acabó tumbado cuan largo era, roncando a pierna suelta sobre el banco. A las dos de la madrugada despertó bruscamente, congelado hasta los huesos, al ser zarandeado por Tomás que, ligeramente achispado y a voz en grito le repetía a modo de alarma despertadora: “¡No nos habíamos olvidado de ti, tío! ¡No nos habíamos olvidado de ti!” Después pareció reflexionar por un instante y le preguntó: “¿Dónde está Miriam, campeón? ¿Ya se ha pirado?” En un coche aparcado junto al banco había

otros tres compañeros de estudios superiores que agitaban botellas en sus manos, vociferaban y le hacían señas para que subiera con ellos. Tomás lo agarró de un brazo y se lo llevó a rastras hasta el coche. Él, adormilado, sin entender prácticamente nada de lo que le decían, reconfortado en cierto modo por la aparición de sus amigos y sin duda superado por la situación, se dejó hacer.

Amanecía ya cuando lo despertó el ruido de una llave en la cerradura que trataba infructuosamente de abrir la puerta. Tambaleándose, sin que las piernas le respondieran al cien por cien y con un dolor de cabeza que no pretendía otra cosa que abrirla en dos como una sandía, Thorsten logró llegar a la puerta, descorrer el cerrojo y abrirla. Era Manolo, su nuevo tío, y esto es lo que vio Manolo en su casa, en la que a regañadientes había permitido vivir durante un año -por insistencia de su hermana, a la que nunca había sabido negarle nada- a aquel teutón bigotudo que le había sido vendido como el chaval más responsable de toda Alemania Federal. Vio una manta medio quemada dentro del fregadero. Vio ropa interior de mujer, cuya procedencia desconocía, tirada por el suelo del cuarto de baño y dentro de la taza del váter, que estaba visiblemente atascada. Vio su adorada guitarra española boca abajo, con la caja resquebrajada, varias cuerdas rotas y el mástil también parcialmente quemado. Vio sobre el piso varias botellas de licor de todas clases, en su gran mayoría vacías, así como recipientes de plástico con pajitas que habían contenido cubalitos. Vio, asimismo, a tres chavales durmiendo, o desmayados, o en coma, dejados caer literalmente por diversos rincones de su casa, uno de ellos tendido sobre un enorme charco de su propio vómito. La mezcla de olor a pies y a vómitos era nauseabunda. Vio, finalmente, una tostadora dentro de su acuario y sus catorce peces tropicales fritos y despellejados sobre el fondo de guijarros. La foto de una mujer desnuda en una postra cuanto menos procaz tapaba a medias la imagen de corales y otras maravillas marinas que ocupaba el panel trasero del acuario.

Al día siguiente, 11 de noviembre de 1989, Thorsten Enszensberger llegó en un vuelo vía Madrid a Berlín, desde donde cogería el tren que le llevaría de regreso al hogar, a Münster, en un trayecto de cinco horas. Había un gran revuelo en Berlín. El muro había caído en la noche del nueve al diez de noviembre y las calles eran un hervidero de gente que lo celebraba y de medios de comunicación que cubrían la noticia. Thorsten no le dio demasiada importancia. Es más, todo

aquel alboroto lo incomodaba y lo incordiaba más que otra cosa, concentrado como estaba en sus pensamientos, deliberando si era así como daría por cerrado su gran año sabático.